



OFFICE OF THE BISHOP

1150 Buffalo Road
Rochester, New York 14624
(585) 328-3210

30 de enero, 2025
Año Jubileo 2025

Queridos hermanos y hermanas en Cristo:

La jurisprudencia se define como “La filosofía del derecho, o la ciencia que trata de los principios del derecho positivo y las relaciones legales... y elegir aquella norma que, cuando al aplicarse, produzca la mayor ventaja para la comunidad.” (*Black’s Law Dictionary*, © 1979, p. 767).

Basado en este principio, se entiende que una buena ley, una ley justa, nunca puede aplicarse de manera generalizada, sino que debe aplicarse con la debida consideración al bien común, pero también con una comprensión de las circunstancias de cada persona, así como de su motivo e intención, evitando juicios apresurados o severos al evaluar una situación problemática. La falla de algunos no puede caracterizar a un grupo entero de personas; si esto ocurre, grupos enteros se convierten en blanco de violencia y disturbios civiles.

Así pues, el tema de la inmigración debe abordarse con racionalidad y comprensión hacia aquellos que, como miles de otros, han pasado literal o figuradamente por esa Estatua de la Libertad y han llegado a nuestras costas para comenzar una nueva vida, muchos viniendo de países empobrecidos, escapando de la persecución y la violencia en lugares devastados por la guerra y otros más buscando la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad garantizadas por una sociedad democrática. Y sí, algunos han llegado con intenciones muy malas y corruptas, causando un gran dolor, sufrimiento e incluso la muerte de otros. Trágicamente, incluso niños han sido víctimas de estas situaciones inhumanas y han sido traficados por las acciones perversas de algunos, en un momento en que estos preciosos niños necesitan protección, cuidado, serenidad, estabilidad y amor. Pero, nuevamente, no se puede pintar a todos con el mismo pincel.

Dado que aún no se ha logrado una reforma muy necesaria de las leyes de inmigración, muchas personas que han llegado a este país para construir una nueva vida y que están contribuyendo a la sociedad de muchas maneras se encuentran en incertidumbre. Al igual que nuestros antepasados, que buscaron un nuevo comienzo en América, muchos inmigrantes trabajadores desean un camino legal hacia la residencia permanente y la ciudadanía, pero un sistema de inmigración defectuoso aún no les ha brindado esta posibilidad.

La necesidad de fronteras seguras es legítima y reconocida; sin embargo, no podemos asegurar nuestras fronteras creando inseguridad injusta entre los refugiados y migrantes que trabajan en nuestros ranchos, en industria de servicios, en centros de salud y que enriquecen el mosaico religioso, cultural y educativo de estos Estados Unidos. Muchas personas con dones y talentos de diversos orígenes han llegado a este país y han hecho contribuciones extraordinarias. Llegaron con muy poco, pero han dado mucho; llegaron con amor por su fe y sus familias; construyeron escuelas, hospitales e iglesias. Qué triste es que un sistema de inmigración defectuoso pudiera privarnos de estas hermanas y hermanos. El Papa San Juan Pablo II dijo: “Se trata, pues, de conjugar la acogida que se debe a todos los seres humanos, en especial si son indigentes, con la consideración sobre las condiciones indispensables para una

vida decorosa y pacífica, tanto para los habitantes originarios como para los nuevos llegados.” (*Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de 2001*, n. 13). Sí, deporten a los criminales, aseguren las fronteras y reformen rápidamente la legislación de inmigración con este desafío en mente, pero no pinten a todos con el mismo pincel.

Para mí, la inmigración es más que un asunto legal; es algo muy personal. Sé el daño que causa pintar a un pueblo entero con el mismo pincel. Como muchos de ustedes, cuyos antepasados vinieron de un país extranjero, mis raíces fueron plantadas por mis antepasados que vinieron de Italia y amaron este país; aunque a veces fue difícil y desafiante, pudieron seguir un protocolo de inmigración. Muchos de estos antepasados sirvieron en el ejército y algunos perdieron la vida defendiendo esta tierra que amaban. Lamentablemente, un grupo conocido como la “mafia” dejó una profunda cicatriz en nuestro pueblo y, en ocasiones, fuimos pintados con el mismo pincel, cuando muchas de nuestras familias no tenían absolutamente ninguna asociación con esa organización corrupta. Sin duda, películas como “El Padrino” y programas de televisión como “Los Sopranos” solo reforzaron esta caracterización dañina de nuestra nacionalidad. ¿Y cuántas personas de otros países han experimentado esta misma injusticia y han sido caracterizadas injustamente?

También es personal para mí como católico y como alguien llamado a ser pastor que busca a la oveja perdida, al olvidado y al refugiado. Quizás recuerden que, en septiembre de 2024, la Iglesia Católica en todo el mundo celebró la 110ª Jornada Mundial del Migrante y del Refugiado. Esta larga tradición es testimonio de nuestra oración continua por la justicia y la caridad que se esperan de todos los discípulos de Jesucristo, quien nos llama a tener “amor sincero a los inmigrantes y a los abandonados...” (*Misal Romano*, Tercera Edición, Oración después de la Comunión de la *Misa por los Prófugos y Exiliados*). Es este don de la fe el que nos impide pintar a los demás con el mismo pincel y arruinar vidas inocentes.

Las personas razonables, sí, donde van incluidos los católicos, ven la necesidad de la ley y desean una sociedad bien ordenada, pero estas leyes deben ser justas. Y la “justicia,” la verdadera justicia, debe ir acompañada de la fe, la fe que nos dio los inmortales Diez Mandamientos, bellamente resumidos por Jesús: “Ama a Dios, ama a tu prójimo” (cf. Mateo 22,36-40; Marcos 12,30-31). Jesús es “el Camino, la Verdad y la Vida” (Juan 14,6), el fundamento sobre el cual descansan las leyes justas, leyes que respetan la dignidad de cada persona, leyes que nos llaman a la responsabilidad, leyes que castigan el crimen, leyes que no crean crimen, leyes que no pintan con el mismo pincel a personas individuales, o las agrupan como personas “deplorables” o “ilegales.” Más bien, como con la verdadera jurisprudencia, se busca “producir la mayor ventaja para la comunidad.”

Por favor, querido Señor, guía a quienes gobiernan nuestras leyes de inmigración, para que reparen lo que está roto y hagan que nuestra nación vuelva a estar completa, bajo Dios.

Asegurándoles un recuerdo continuo en mis oraciones, sigo siendo,

Devotamente suyo en Cristo Jesús, el Buen Pastor,

+ *Salvatore R. Matano*

El Reverendísimo Salvatore R. Matano
Obispo de Rochester